

La ocasión perdida

Josu Egireun

El retorno del FSM al continente africano venía marcado por la euforia del derrocamiento del régimen de Ben Alí en Túnez a través de la movilización popular y su contagio a los países árabes, así como la esperanza de entrar en un ciclo en el que, más allá de todas las contradicciones, los pueblos adquieren el protagonismo que les corresponde en la historia. Esta euforia se mezclaba con las preocupaciones heredadas de los problemas habidos en el FSM de Nairobi cuatro años antes ^{1/} y las incógnitas planteadas por la escasa proyección práctica que tuvo la radicalidad expresada en el FSM de Belém en enero 2009: el amplio consenso alcanzado en torno a la jornada de acción del 29 de marzo para hacer frente a la crisis desencadenada en 2008 no se tradujo en movilizaciones reales y los debates que emergieron con fuerza en aquel foro (sobre alternativas al sistema y estrategias de acción) apenas tuvieron continuidad. ¿Sería capaz el FSM de remontar esta situación? El derrocamiento de la dictadura de Ben Alí en Túnez y la revuelta social sin precedentes que desencadenó este acontecimiento (el último día del FSM acogió la buena nueva de que Mubarak también se vio obligado a dimitir por la presión popular) hacía abrigar cierta esperanza en esta duodécima edición del FSM. Por primera vez en su historia, el FSM tenía lugar en medio una revolución popular que catalizaba las contradicciones del sistema y daba cuerpo al lema del Foro: otro mundo es posible y se puede cambiar desde abajo, a través de la movilización popular. Los procesos tunecino y egipcio permitían al Foro encontrarse a sí mismo. Sin embargo, si bien las noticias, el entusiasmo y las esperanzas que transmitían estos acontecimientos atravesaron todo el espacio del Foro, tras su conclusión podemos decir que apenas dejaron huella en él porque el FSM faltó a la cita.

En primer lugar, porque el programa del Foro no cambió un ápice a pesar de estos acontecimientos y el debate sobre ellos, las dinámicas que encierran, las cuestiones programáticas y estratégicas que plantean, etc., quedaron relegadas a un segundo plano, en espacios marginales. Y, en segundo lugar, porque del Foro no salió ninguna iniciativa concreta (tipo encuentro internacional de los movimientos sociales en apoyo proceso tunecino-árabe, similar al encuentro internacional contra el neoliberalismo de Aguascalientes) en unos meses que se anuncian cruciales ^{2/}. Una iniciativa que permitiera salir de círculo vicioso de llamamientos a jornadas de acción internacionales difíciles de llevar a la prác-

^{1/} Ver Egireun, J. (2007) "El Foro y los movimientos: nuevos y viejos problemas" en *VIENTO SUR* nº 91.

^{2/} A la UE le faltó tiempo para ver la importancia de esta presencia sobre el terreno para atar en corto al Gobierno actual y anunció una cumbre para el mes de marzo.

tica; que hiciera posible dar una visibilidad a la iniciativa y, sobre todo, que permitiera crear lazos de solidaridad concretos de los movimientos sociales con el proceso desencadenado a partir de Túnez. Esta iniciativa, u otra similar, podía haber partido del Consejo Internacional (única estructura regular del FSM) o de la Asamblea de los Movimientos Sociales (AMS), pero ambas fueron incapaces de mirar de frente estos procesos y hacerse cargo de los desafíos que plantean. El Consejo pasó de largo y la AMS, cuyo llamamiento a un “día mundial de solidaridad con el levantamiento del pueblo árabe y africano” puede correr la misma suerte (es decir, quedar en el olvido) que los llamamientos de los últimos siete años, fue incapaz de dar un paso más allá de una declaración sin anclaje real con los retos del momento y la dinámica de los movimientos. Volveremos sobre este punto.

No es la única luz de alarma que se ha encendido en este Foro. La ausencia en el mismo de la red Trabajo y Globalización/**3**, desaparecida del mapa, o que la CSI (Confederación Sindical Internacional) acudiera a Dakar con una representación de segundo nivel y para aclarar si seguía o no anclada a este proceso, son otros tantos signos de preocupación.

Como lo es que en el acto de clausura las primeras palabras de agradecimiento del Comité Organizador fueran para el Gobierno senegalés; el mismo que solicitó a su homólogo marroquí subvencionar una delegación de activistas de ese país para contrarrestar la presencia de una delegación saharauí en el Foro/**4**, lo que redundaba en los problemas heredados de Nairobi.

¿Sobra el FSM?

Ante esta situación y el papel subordinado que juegan los movimientos sociales en cuanto a la organización del FSM (detrás de los Gobiernos y de las ONG, dice Raúl Zibechi) hay voces que se cuestionan su utilidad. ¿Sobra el FSM? La respuesta no es simple.

Una cosa es señalar estos problemas y huir de la autocomplacencia de quienes consideran que el FSM está en el buen camino porque “*permite seguir reuniendo una diversidad de movimientos difícil de lograr en otros marcos o generar una movilización de masas en torno a él*”/**5**, y porque, ahora mismo (dicen) “*vemos que el G-20 introduce en su agenda cuestiones que en su origen sólo estuvieron planteadas por el movimiento altermundialista (tasar las transacciones financieras o hablar de paraísos fiscales)*”, como planteó Gustave Massiah en su intervención del acto de clausura.

3/ Creada en Nairobi agrupando a sindicatos, movimientos asociativos y activistas en torno a la cuestión laboral.

4/ En realidad, la situación es más deplorable: como informa Mimoun Rahmani en el Consejo Internacional posterior al Foro se dio a conocer que el mismo había sido financiado por los Gobiernos de Senegal, Mauritania y Marruecos.

5/ Resultan injustificables las cifras de participación dadas por la organización en Dakar: 75.000 participantes. La Universidad acoge a una población estudiantil de 50.000 personas y ésta es muy superior a la “población” que acudió al FSM.

Más aún, resulta difícil sostener que el “*foro está en onda con las grandes movilizaciones*” (G. Massiah, *Libération* 13/2/11). Un repaso detallado de las movilizaciones habidas desde la cumbre de la OMC en Cancún (septiembre 2003) hasta la más reciente contra el clima en esa misma ciudad o la precedente de Copenhague en 2009, muestra la dicotomía de esos procesos y la débil extensión que logran las redes que animan estas movilizaciones en los foros.

Sin embargo, es preciso constatar que todas estas redes y muchas otras (inmigrantes, solidaridad con Palestina, anulación de la deuda, educación...), acuden al FSM con el objetivo de compartir y tratar de integrar en sus iniciativas al resto de movimientos ante la ausencia de otros espacios de encuentro a nivel internacional. Y, también, que el Foro permite el encuentro de movimientos que trabajan sobre los mismos temas en distintas latitudes, la articulación de nuevas redes de acción (como en esta ocasión contra el acaparamiento de tierras) o que se refuerzan iniciativas en marcha, como fue el caso de la iniciativa “Flotilla a Gaza” del movimiento de solidaridad con el pueblo palestino.

Por ello, no se puede concluir que el FSM esté de más. Con todas sus contradicciones (las principales iniciativas de movilización a nivel internacional para 2011-2012, como la movilización contra el cambio climático, frente el G-8 y G-20 o Rio+20 –cumbre del las Naciones Unidas por el desarrollo sostenible– tienen vida propia al margen del FSM al igual que lo tuvo la Marcha Mundial de Mujeres en 2010) el FSM representa un espacio de trabajo que, hoy por hoy, no existe fuera de sus fronteras.

Ahora bien, estas contradicciones dejan ver que el FSM presenta límites, tanto en relación a los actores presentes (sobre todo, experiencias de lucha contra las políticas de austeridad: total ausencia de experiencias como la griega o francesa) como a las temáticas abordadas para responder a los retos que tienen frente a sí los movimientos sociales (cómo construir solidaridades con las luchas en curso, etc.). Cuestiones éstas que no forman parte de las preocupaciones del Consejo Internacional y que si se quieren abordar con un mínimo de seriedad exigen un cambio profundo en la dinámica de la Asamblea de los Movimientos Sociales.

La Asamblea de Movimientos Sociales a la deriva

El enorme entusiasmo que recorrió la AMS, catalizada en torno a los procesos que se viven en Túnez y Egipto contrasta con la lánguida experiencia de Belém en 2009. Sin embargo, más allá de esa euforia desbordante, la edición de Dakar muestra su marcha sin rumbo; una situación que se vive desde las exitosas movilizaciones de febrero de 2003. Fecha a partir de la cual la Asamblea ha ido perdiendo componentes, energía y, fundamentalmente, ha dejado de ser una referencia para los movimientos sociales a nivel internacional.

Estas dificultades han estado presentes desde hace tiempo en la reflexión de la red de los movimientos sociales (al menos desde el seminario realizado en

“... el programa del Foro no cambió un ápice a pesar de estos acontecimientos [*las revoluciones árabes*], y el debate sobre ellos: las dinámicas que encierran, las cuestiones programáticas y estratégicas que plantean, etc., quedaron relegadas a un segundo plano, en espacios marginales...”

Bruselas en setiembre de 2006), pero nunca se ha dispuesto del marco necesario para abordarlas colectivamente y buscar soluciones. Los seminarios realizados a lo largo de 2009 y 2010 (más centrados en la disputa con el Consejo Internacional sobre el lugar de la Asamblea en el FSM que orientados a poner en pie los útiles para construir la red de movimientos sociales) no han servido para avanzar mucho. Más bien han situado a la AMS en una fuga hacia delante, sin rumbo fijo. Un ejemplo de ello es lo acontecido en Dakar.

El comité que animaba la Asamblea (Marcha Mundial de Mujeres, CADTM y Vía Campesina) llega con la propuesta de abordar una declaración al uso estructurada sobre cuatro ejes previos a la revolución tunecina: transnacionales, militarismo, violencia hacia las mujeres y el acaparamiento de tierras.

Como ocurre casi siempre, las reuniones sobre el terreno no son el mejor marco para avanzar en los debates sobre la utilidad de seguir con la rutina de los llamamientos o reflexionar si es necesario abordar otras formas de trabajo; máxime cuando la alternativa a la declaración era lanzar la iniciativa de encuentro de los movimientos sociales en Túnez.

Pero los problemas de la Asamblea se agudizan en el acto de apertura de la propia Asamblea, por la intervención de la representante de la Marcha Mundial de Mujeres, Miriam Nobre, y por el contenido del llamamiento.

Hasta Dakar la Asamblea estaba considerada como el punto de encuentro de los movimientos en aras de construir una agenda común de movilización, un espacio para construir la convergencias para la acción de movimientos con identidades programáticas y estrategias no necesariamente confluyentes. En Dakar, Miriam Nobre definió la Asamblea de Movimientos Sociales como el punto de encuentro de los “*movimientos que están por la revolución*”. Algo que va más allá de la pluralidad y los cometidos de la propia Asamblea. Una Asamblea cuya demarcación venía determinada siempre, con más o menos acierto, por las iniciativas de acción.

Definiciones de este tipo abren muchas interrogantes, porque es difícil pensar que colectivos tan plurales como la Marcha Mundial de Mujeres o la Vía Campesina o la red internacional de Attac encajen en esa definición y porque crea una demarcación excluyente y sectaria totalmente innecesaria. Una defini-

ción, en definitiva, que excluye de la asamblea a los sindicatos que impulsaron la lucha contra la reforma de las pensiones en Francia. ¿Qué sentido tiene avanzar en esa dirección?

En cuanto al llamamiento, los problemas llegaron al día siguiente de hacerse público: Attac Alemania se despacha con un comunicado en el que se desvincula del mismo por dos razones: la formulación de la campaña de BDS hacia el Estado de Israel (presentada como una campaña a secas contra Israel, cuando la red de solidaridad con Palestina presentaba una formulación mucho más ajustada) y por la ausencia total de referencias a las políticas de austeridad en curso y las respuestas sociales. Queda por saber cuál será la actitud de la red Internacional de Attac.

En cualquier caso el problema va más allá. El que la Asamblea siga adoptando declaraciones de forma rutinaria que ganan en radicalidad a medida que se debilita, pierde en pluralidad y deja de ser un referente a nivel internacional, sirve para bien poco.

El impulso de las iniciativas y la articulación de resistencias precisa de algo más que un llamamiento. Sobre todo cuando estos últimos años hemos comprobado que ese esquema no funciona, que la Asamblea no constituye un referente para los movimientos sociales en los distintos países. Por tanto, ¿a qué sirve una declaración tan radical más allá de la autocomplacencia para los sectores más radicales –no necesariamente lo más activistas– que salen del Foro con una declaración que les confirma en sus principios ideológicos?

Si a esto le añadimos que desde Nairobi la estructura del Foro integra Asambleas Temáticas (en Dakar hubo 38) y que en ellas sí se da una articulación de redes para impulsar iniciativas concretas (este año, la del G8-G20, justicia climática o Rio+20, fundamentalmente) que han funcionado mejor que los llamamientos de la Asamblea de Movimientos Sociales (por ejemplo, la contra cumbre de la OTAN en Estrasburgo y la cumbre climática en Copenhague en 2009, etc.), el problema no hace más que agravarse.

La puesta en pie de estas Asambleas Temáticas, donde tanto las declaraciones como los compromisos para la acción se construyen a través de debates más concretos y con más tiempo, plantea la necesidad de resituar el lugar de la Asamblea de Movimientos Sociales en este nuevo escenario. Exige repensar la utilidad de ese espacio pero sobre todo abordar el tema que subyace en él y para el que debe servir: cómo avanzar en la articulación de los movimientos; qué pistas explorar para avanzar en esa vía.

¿Es útil seguir insistiendo en jornadas de acción mundial como se ha concluido en Dakar (el 20 de marzo en solidaridad con el levantamiento de los pueblos árabes y el 12 de octubre contra ... ¡el capitalismo!) o es mejor plantearse otro tipo de actividades (por ejemplo, impulsar y coordinar iniciativas de solidaridad concretas en torno a las luchas en curso) que den visibilidad y muestren la utilidad del trabajo en común?

Si miramos un poco el funcionamiento de otras iniciativas, como las impulsadas contra el cambio climático o la que se está organizando con el G8/G20 en Francia, su punto fuerte es que se trata de iniciativas con dinámicas de trabajo y grupos de animación dirigidos hacia objetivos concretos (algo con lo que no cuentan los llamamientos genéricos a “jornadas de acción global”) que son la condición necesaria para impulsarlos.

Ahora bien, la dinámica de los movimientos sociales no puede remitirse únicamente a las cumbres internacionales. Hoy en día, más que nunca, la relación de fuerzas se determina día a día en las luchas de resistencia concretas frente a las agresiones de la patronal o de las políticas neoliberales en curso (desde los planes de austeridad como en Grecia, hasta la precarización de condiciones de trabajo como en Nissan, Fiat...). Luchas que exigen desarrollar iniciativas concretas de solidaridad.

¿Qué nos queda del FSM de Dakar?

Ausente a la cita que presentaba la revolución Tunecina y las revueltas populares en los distintos países árabes, el FSM de Dakar no ha sido en balde. Más allá de este problema central, ha sido un espacio de trabajo útil, si bien desigual, para las redes y movimientos que se han encontrado allí. Y de momento, nos deja el resultado de las distintas Asambleas temáticas que a nivel de movilización se traducen en cuatro iniciativas concretas: el G8/G20 en Francia (26-27 de mayo y 3-4 de noviembre, respectivamente); la cumbre sobre el cambio climático en Durban para finales del 2011; el Foro Mundial del Agua –marzo 2012– y Rio+20 (Cumbre sobre el Desarrollo Sostenible) en mayo de 2012.

Nos deja también la responsabilidad de responder a las dificultades que ha puesto de manifiesto el Foro. La irrupción de la crisis en 2008 ha sido una prueba de fuego para los movimientos y define un escenario que ya no camina al ritmo parsimonioso de los años precedentes. No sólo nos enfrentamos a unas políticas neoliberales nefastas para la humanidad y el planeta, sino a una ofensiva, a una declarada guerra social que se desarrolla a ritmos acelerados.

Es necesario tomar conciencia de los nuevos tiempos que estamos viviendo y de la importancia de construir la solidaridad con los movimientos de resistencia (sea contra la reforma de pensiones como en Francia, las movilizaciones en Grecia o la revuelta popular en los países árabes, o contra las transnacionales que cierran empresas, precarizan las condiciones de trabajo o acaparan tierras en el campo). La relación de fuerzas se construye en ese día a día; el capital es consciente de ello y los movimientos sociales llevamos un gran retraso.

Josu Egireun es miembro de la redacción de *VIENTO SUR*.